

San Cirilo de Jerusalén

La resurrección de la carne y la vida perdurable

1.El principio de toda buena obra es la esperanza de la resurrección, pues la vista de la recompensa es la que sostiene al alma para emprender las buenas obras. Y así vemos que el obrero está dispuesto a trabajar porque ve delante el premio de sus trabajos; en cambio, los que trabajan sin esperar ninguna recompensa, decaen pronto de cuerpo y alma. Y el soldado, a vista de la corona, se lanza presto al combate: mas ninguno está dispuesto a sacrificar su vida por aquel rey que no sabe recompensar los trabajos sufridos por él. Pues del mismo modo el alma que cree en la resurrección, ella misma se modera y se obliga a vivir bien: en cambio, la que no lo cree, pronto se entrega a la perdición.

El que cree que su cuerpo está reservado para resucitar un día, mira bien por esta vestidura y no la mancha por medio de la fornicación; en cambio, el que no cree en la resurrección se entrega a la fornicación y; abusa de su cuerpo como si fuera ajeno. Es pues, precepto de la santa Iglesia católica el creer en la resurrección de los muertos. Y este dogma es grande y necesario, al que muchos contradicen, pero que se prueba plenamente ser Verdadero. Lo niegan los griegos, no lo creen los samaritanos y los herejes se burlan. La oposición es múltiple: la verdad, una.

2. Los samaritanos, juntamente con los griegos, nos dicen a voz en grito: El que muere se acaba, se pudre, se convierte en gusanos, y éstos, a su vez, mueren también. Siendo, pues, tanta la ruina y podredumbre del cuerpo, ¿cómo va a resucitar? Los que naufragan son devorados por los peces, y éstos han de ser igualmente devorados: los osos y los leones deshacen hasta los huesos de aquellos con quienes luchan, y los buitres y los cuervos se comen la carne de los muertos arrojados al campo, y después se esparcen por toda la tierra.

¿Cómo, pues, se va a juntar ese cuerpo? Sucede, además, que de esas aves que devoraron el cuerpo, una muere en la India, otra en Persia y otra en Gotia. El viento y las lluvias, por otra parte, esparcieron las cenizas de los que fueron quemados, ¿cómo se va a juntar eso en un cuerpo?

3. Para ti, hombre pequeñísimo y débil, está muy lejos la India de Gotia, y España de Persia: pero para Dios, que tiene todo el mundo en la mano, todo está cerca. No calumniéis, pues, a Dios de impotencia, por vuestra debilidad, sino atender más bien a su poder. El sol, que es una obra pequeña de Dios, puede calentar con los mismos rayos a todo el mundo: el aire creado por Dios envuelve todas las cosas de la tierra, ¿y Dios, creador del sol y del aire, distará mucho del mundo? Suponed que se mezclan diversas clases de semillas (a los débiles en la fe hay que ponerles ejemplos fáciles) y que todas ellas están cerradas en vuestros puños, ¿será para un hombre cosa difícil o, más bien sencilla, el distinguir lo que está en el puño y poner a cada semilla con las de su clase? Pues si tú puedes separar unas de otras las cosas que

tienes en tu puño, ¿no podrá discernir Dios lo que está contenido en su mano y reducirlo a su propia clase? Pensad en lo que digo y ved si no sería impío el negarlo.

4. Entrad dentro de vosotros y atended también a la razón misma de la justicia. Vosotros, por ejemplo, tenéis varios criados, de los cuales unos son buenos y otros malos. A los buenos los favorecéis, y a los malos los castigáis. Pues si vosotros, hombres mortales guardáis la justicia. Dios, Rey de todo y sin sucesor, ¿no va a tener consideración y justicia con cada uno? Impiedad sería el negarlo. Atended, pues, a lo que se dice. Muchos homicidas han muerto en sus lechos sin castigo alguno. ¿Dónde está la justicia de Dios? A veces, un reo de cuarenta homicidios, paga con una vez que le corten la cabeza. ¿Con qué pagará el castigo de las otras treinta y nueve? Si no hubiera juicio y retribución después de este mundo, podríais tachar a Dios de injusticia: así es que no os extrañéis el que el juicio se retrase. Todo luchador es coronado o confundido después de terminada la lucha, y el árbitro de ella jamás corona a los que están aún luchando, sino que espera a que todos los combatientes terminen, para que se adjudiquen con justicia los premios y las coronas. Pues de igual modo Dios, mientras dura la lucha de este mundo, socorre parcialmente a los justos, pero el premio completo lo deja para el fin.

5. Si es cierto que los muertos no resucitan, ¿por qué se condena a los que profanan los sepulcros? Si él ha desaparecido, si ya no hay esperanza de su resurrección, ¿por qué ha de sufrir el castigo quien viola las tumbas? Por esto podéis ver que, aunque se niegue con los labios la resurrección, queda en la conciencia indeleblemente impresa.

6. Un árbol cortado vuelve a florecer, ¿y el hombre cortado de este mundo no puede florecer? Lo que se sembró y se cosechó queda para las trojes; ¿y el hombre segado de este mundo no va a quedar? Los sarmientos y los ramos de los diversos árboles viven y dan frutos aun cuando sean despojados por completo y transplantados, ¿y el hombre por quien esas otras cosas fueron hechas, no va a resucitar después de haber caído en tierra? Comparemos el trabajo y veamos cuál es mayor: ¿hacer una estatua que no existía o volver a su forma primitiva a la que la había perdido? Pues Dios, que nos sacó del no ser al ser, ¿no podrá devolvernos a la vida después de muertos? Pero quizá no deis fe a lo que está escrito sobre la resurrección, porque sois griegos... Pues fijad vuestra atención en lo que sucede en la naturaleza, y reparad en lo que hasta el día de hoy se está viendo. Siémbrese un grano de trigo, si queréis, o de otra clase de semilla. Sembrado en la tierra, se muere y se pudre, y ya es imposible de comer: pero el grano así podrido se levanta verde, y siendo poca cosa al caer, es ya hermosísimo. El trigo y las demás semillas se hicieron para nuestro uso, pues si lo que ha sido creado para nosotros vuelve a la vida después de muerto. ¿nosotros, por cuya causa fue lo otro, no resucitaremos después de morir?

7. Como veis ahora es tiempo de invierno. Los árboles se hallan como muertos. ¿Pues dónde están las hojas de la higuera?

¿Dónde los racimos de la vid? En invierno todo está seco, en primavera

verde, y cuando llega el tiempo todo vuelve como de la muerte a la vida. Pues como Dios vio nuestra incredulidad puso en estas cosas visibles una resurrección anual, para que al ver lo que sucede en estas cosas sin alma, creyésemos lo que se afirma de los seres racionales. Y muchas veces sucede que las abejas y las moscas ahogadas en el agua vuelven a revivir al cabo de una hora. Los escuerzos y demás sabandijas que durante el invierno permanecen sin movimientos, reviven en el verano (y os pongo estos ejemplos tan bajos porque quiero adaptarme a vuestro sencillo modo de discurrir). Por lo tanto, el que a cosas tan despreciables e irracionales concede por modo superior la vida, ¿no nos la concederá a nosotros, cuando por nuestra causa hizo todas esas cosas?

8. Pero los griegos quieren ver una resurrección de los muertos más clara todavía, y dicen que si esas cosas resucitan es porque no se habían podrido plenamente, y así desean ver con toda claridad que un animal que esté del todo corrompido vuelva a resucitar. Dios conocía la incredulidad del hombre, y por esto preparó un ave, que se llama Fénix, la cual, como escribe Clemente y otros muchos lo cuentan también, es cosa única en su género, pues dicen que viene a Egipto cada cuatrocientos años y es un ejemplo de la resurrección; y esto no se realiza en lugares desiertos para que no sea conocido, sino en una ciudad ilustre, para que se palpe con las manos lo que pudiera parecer increíble. Haciéndose, pues, esta ave un nido de incienso, mirra y otros aromas y entrando en él al cumplirse el curso de sus años, muere verdaderamente y se corrompe. Luego de esa carne podrida y muerta nace en seguida un gusano que, creciendo poco a poco, llega a transformarse en ave. No dejéis de creer esto, pues ya conocéis que las abejas se van transformando de gusanos en abejas, y también veis que de huevos muy líquidos salen plumas, huesos y nervios de aves. Luego al ave Fénix le crecen las alas y llega a ser perfecto como era antes, volando por los aires como antes de morir, siendo para los hombres una prueba clarísima de la resurrección.

Admirable es el ave Fénix, pero no deja de ser ave irracional y que jamás ha cantado himnos a Dios. Vuela por el aire, pero no sabe quién es el Unigénito Hijo de Dios. Pues si a un animal irracional y que no conoce al Creador se le concede la resurrección, a nosotros, que glorificamos a Dios y guardamos sus preceptos, ¿no se nos ha de conceder?

9. Séame permitido deciros a vosotros ahora: "Alegraos, cielos, y regocíjese la tierra, etc., porque Dios se ha compadecido de su pueblo y ha consolado a los humildes de su pueblo". Esto será por la bondad de Dios que os dice: "He aquí que yo borraré como niebla vuestras iniquidades y vuestros pecados".

Y vosotros, los que habéis merecido el nombre de fieles (de quienes se ha escrito: "a los que me sirven se les llamará con un nombre nuevo, que será bendito sobre la tierra"), diréis con alegría: "Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales del cielo, en Cristo, con quien somos redimidos por medio de su sangre, y en quien tenemos el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que ha derramado con abundancia sobre nosotros", etc.

Y también: "Y Dios, que es rico en misericordia, por el mucho amor con que nos amó, estando nosotros muertos por el pecado, nos vivificó en Cristo", etc.

Alabad también por igual manera al Señor de todos los bienes diciendo: "Después que la bondad y misericordia de Dios nuestro Salvador apareció, nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el bautismo, y renovándonos por el Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por medio de nuestro Señor Jesucristo para que, justificados por su gracia, seamos herederos de la vida eterna, conforme a lo que esperamos".

El mismo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, "Padre de la gloria, os dé el espíritu de sabiduría y dé revelación para conocerle a El, iluminados los ojos de la mente" y os guarde siempre en obras, palabras y pensamientos buenos.

A Él sea la gloria, la honra y el poder por medio de nuestro Señor Jesucristo, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos eternos. Amén.

CATEQUESIS DECIMOCTAVA A LOS ILUMINANDOS
(San Cirilo de Jerusalén, "Las Catequesis, Tomo II", Ediciones
Apostolado Mariano pp. 89-93)